

JORGE EDUARDO BENAVIDES

el collar de los balbases



La Huerta Grande

EDITORIAL

JORGE EDUARDO BENAVIDES

# el collar de los balbases



ESLES DE CAYÓN  
2018

© De los textos: Jorge Eduardo Benavides

Madrid, 2018

Edita: La Huerta Grande Editorial  
Serrano, 6 28001 Madrid  
[www.lahuertagrande.com](http://www.lahuertagrande.com)

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN: 978-84-943393-4-6

D. L.: M-28295-2018

Diseño de cubierta: Enrique García Puche para Tresbien Comunicación

Imprime: Gracel Asociados, Av. Valdelaparra 27. 28018 Alcobendas, Madrid

Impreso en España/*Printed in Spain*

## Capítulo I

*Gloucester Road, Londres, 1886*

ENTRA UNA LUZ TAN MORTECINA por el ventanal que da al jardincillo que diríase no es luz sino apenas un simulacro de tal, el telón que se cierra y anuncia el fin de la escena. Hace frío y mis dedos están entumecidos. Me cuesta encontrar una posición cómoda para escribir sin fatigarme demasiado. Estoy mejor, para qué negarlo, cuidando de mi rosal en el invernadero que aquí, en el despacho, con una manta sobre los débiles muslos, reducido a escombros desde la muerte de mi querida Clarice. Pero el joven Murray, sin la perspicacia de su padre, aunque con idéntica insistencia, me apura para que acabe estas memorias que empecé gozosamente devorado por las llamas del entusiasmo hace ya unos años, y que el tiempo sin embargo ha ido extinguiendo como la lluvia inesperada apaga un fuego demasiado inconsistente. O al menos eso es lo que creía hasta hace un par de días.

Hoy me he levantado muy temprano y he dispuesto todo para que nada me perturbe y pueda avanzar en la redacción de mis recuerdos, ahora que ya intuyo por dónde seguir, cómo guiarme por esta galería subterránea de mis sospechas e intuiciones y cuyas oquedades por tanto y tanto tiempo me han mantenido en una torva penumbra. Sabe Dios que no soy una persona supersticiosa,

pero tampoco puedo negarme a ciertas evidencias que he ido recopilando a lo largo de los años en lo que se refiere al collar de los Balbases. ¿Que alguien pueda pensar, al leer estas memorias, que son las divagaciones de un viejo chocho al que se le va la cabeza? Muy bien, pero por lo mismo que ya, a mi edad, apenas nada me arredra, poco me puede importar lo que piensen algunos.

Escribo pues en este cuaderno con un empecinamiento en el que hay algo de prisa y también de enervamiento, sobre todo desde que hace unos días recibiera inusual carta de mi buen Federico, quien lleva ya cuatro años repuesto como director del Museo del Prado, luego de casi veinte desde que fuera injustamente defenestrado por la llamada Revolución Gloriosa del 68..., una más en la larga historia de revoluciones y levantamientos de mi pobre y amada España. Su caligrafía algo tembleque y algunas frases donde parece remontar con esfuerzo el hilo de sus propias disquisiciones no enturbiaban sin embargo el tono amable de sus comentarios, que calentaron en algo la helada mañana de enero en que, hace apenas un par de días, Ambrose me trajo la correspondencia, cada vez más escasa, por otra parte.

Ya sabía yo de la muerte de su querida hija Luisa el año 84, pero nada me contó del cólico nefrítico que lo tuvo casi agonizando por las mismas fechas. Su salud, dice, contiene más herrumbre que la que se encuentra en los ocre de su gastada paleta. De manera que frente al ventanal que mira hacia Stanhope Gardens acomodé mis huesos ateridos, con los leños de la chimenea crepitando a mi diestra, bebiendo el té caliente que la vieja Mildred, cada día más sorda y cascarrabias, tuvo a bien disponer sobre la mesita de nogal donde había dejado un momento la carta de Federico. «¡Cuidado, diablos!», me vi obligado a increparle, porque a punto estuvo de volcar la tetera sobre los folios. Me miró ofendida, pero no dijo

nada. En ellos, Madrazo me explicaba que ha testado a favor de sus hijos, pero también me habla de su contento, sus planes, sus renovadas ganas de pintar, después de haberse mantenido ajetreado y absorbido durante todo este largo tiempo por sus tareas al frente de un museo cada vez más potente y que empieza a hacer de Madrid una verdadera ciudad y no el poblachón que yo conocí en mis años mozos, años de los que guardo, no obstante, un recuerdo como de ensueño, tal que si mi corazón juvenil se preservase latiendo brioso bajo este cuerpo reseco y hastiado ya de todo. Federico Madrazo ha tenido también algunas palabras de recuerdo afectuoso para con mi primo Mariano, muerto ya hace más de tres años y cuyas extravagancias y derroches imperiales hubieran hecho empalidecer de envidia a un carruaje lleno de zares, durante las muchas décadas en que estremeció los salones más suntuosos de Europa con su arrogancia hierática, sus desplantes de califa, su munificencia de hidalgo desquiciado, que finalmente lo llevaron a naufragar en un océano de deudas, perseguido por implacables acreedores y alcanzado por quiebras de fábula, como si se hubiera propuesto cerrar una genealogía epopéyica, la de los Osuna, con una pólvora final que iluminara la noche europea por unos instantes, antes de desaparecer, convertida en cenizas y leyenda. ¡Pobre Mariano! Here-dero del ducado de Osuna y de otros treinta títulos —cuando yo lo conocí era sólo marqués de Terranova—, de golpe quiso ser más que su hermano, más que los príncipes y reyes en cuyas cortes fue recibido magnánimamente. Abrumado de sí mismo hasta el desvarío, de pronto ya no pudo encontrar el camino de regreso a lo más íntimo de su ser y se extravió para siempre, dilapidando una fortuna de tamaño sideral en tan solo unos años...

Pero lo que en realidad me ha hecho saltar de la silla y me ha puesto en un estado de desasosiego que no me abandona del todo

es lo que Federico me dice en su carta respecto a la muerte del joven rey Alfonso XII, a cuyas exequias asistió recientemente. De esto hará poco más de un mes y, sin embargo, ha tenido que ser mi buen amigo el que me hiciera llegar la noticia, ya que a mí me quedan pocas ganas de asomarme a los periódicos, que sólo traen desgracias, desórdenes y los vientos pestíferos de esta sociedad que parece abocarse a su destrucción, tiznada de hollín y emanaciones ponzoñosas que llegan incluso hasta este pacífico rincón de la ciudad. Debería haber hecho caso en su momento al viejo Richard Ford y regresar a Heavitree para evitar así el artero alcance de lo que muchos llaman petulantemente modernidad. O quizá sólo se trate de mi propia destrucción, que veo ya más cercana, lo que me hace rechazar todo lo que esta sociedad se empeña en arrostrarme en las narices como prueba de progreso y civilización. Al fin y al cabo, la medida de eso que llamamos *la inmortalidad* es nuestra propia finitud, ya lo sé.

El caso es que Federico ha deslizado en mi mente, socolor de referirse a este triste y regio deceso, la presencia del collar, aquella maldita joya que él tuvo el privilegio no solo de trasladar en un par de ocasiones a un lienzo, sino de admirarlo en un escote hermoso y joven muchas décadas antes de que la mujer de Pepe Alcañices —una rusa de fría inteligencia y arisca belleza esteparia, de nombre Sofía Troubetzkoy— llevara el collar que su marido recibiera en posesión al heredar, entre otros títulos, el marquesado de los Balbasses. Exactamente como ocurrió cuarenta años atrás con su madre, cuando Nicolás Osorio y Zayas la desposara en una de las grandes bodas de aquellos lejanos años de este siglo que ya se acaba... Sí, Madrazo ha despertado en mí no sólo los bellos recuerdos de mi estancia en Madrid, sino que ha removido, como la azada remueve la tierra después del barbecho, mi fundado temor a que, efectiva-

mente, sobre ese collar gravite una maldición que por lejana no es o ha sido menos funesta para todo aquel que lo posee o se mueve en el perímetro de su embrujo. Porque lo que cuenta mi amigo en su carta es apenas la última de las historias que cierran un largo sendero alfombrado de muertes inesperadas y dramáticas que yo he ido investigando con paciencia y temeridad durante todos estos años. Baste con decir que la hija de la Troubetzkoy, María de Morny, murió en París y por su propia mano, según se rumorea, a causa del despecho que sufrió al no ser correspondida en su amor por el joven rey Alfonso, compañero suyo de juegos e infancia...

Y lo que me refiere Madrazo en su última carta es que, al parecer, la reina Cristina de Habsburgo-Lorena, la mujer del desaparecido Alfonso XII, quedó prendada de aquel collar nada más verlo relampaguear una noche, bellissimo y terrible, en el cuello de Sofía de Troubetzkoy, quien tanto la había ayudado en la Corte, razón por la cual Cristina siempre le guardó un rencor lleno de humillación. El caso es que la reina no paró hasta arrancarle la promesa a su marido de que le conseguiría una copia del mismo. Y el buenazo de Pepe Alcañices, alentador de correrías —y perrerías...— del rey, además de su mayordomo real, consintió en mandar a confeccionarle una copia. Se trata de un collar que ha pervivido desde muy antiguo y de generación en generación en la familia Osorio, por la rama de los Spínola, y por lo tanto de un valor incalculable.

Pero hete aquí que la desgracia que persigue al collar de los Balbases volvió a cebarse enfangando la vida de estos regios nuevos protagonistas en su dilatada historia de desgracias. Porque el rey ha muerto sin ver descendencia y Alcañices, fiel a su palabra, pretendió entregar la copia de la joya a la reina, embarazada pocos meses antes del deceso real. Esta la rechazó con unas tristes palabras: «Ya para qué, Pepe, ya para qué ahora...».



Otra muerte trágica pues, otra historia de retorcido dolor donde aparece este collar.

Nuevamente se ha levantado ese viento de infortunio que sopla desde lo más remoto del tiempo y que yo pensé conjurado cuando mi querido primo Pedro, hermano mayor de Mariano, en un episodio lleno de zozobra, logró poner a salvo no sólo el collar, sino la honra de la mujer que amaba. Yo fui testigo de todo aquello y, si cierro los ojos, ahora casi siempre humedecidos por cualquier tontería, puedo verme con dolorosa nitidez en el palacio de mis primos, los Osuna, diez veces grandes de España.

¡Ah, quién pudiera ser joven otra vez! Me veo, sí. Un mozuelo despistado, lleno de sueños y pretensiones, algo flaco y de alborotada cabellera rubia. Digo *me veo* y decirlo resulta exacto. Es como si el tiempo me hubiera otorgado una benévola ubicuidad para contemplarme desde fuera y desde lejos, con esa liviana ternura que reservamos para los muchachos en agraz. Allí estoy yo, entrando en aquel palacio de escaleras de mármol que se bifurcan en sendas curvas elegantes hacia la primera planta, bañadas por la luz de arañas de cristal como no he visto en ningún otro palacio. Llevo una carta de mi padre en la mano. Y Pedro y Mariano están esperándome en la entrada del palacio de Leganitos. Alto y de largas guedejas rubias, de corbata negra y frac, calzado con bota hasta la rodilla el uno; prematuramente calvo, vestido con manto ducal de terciopelo azul turquí, medias de seda blanca y zapatos también de terciopelo, el otro. Salen a recibirme con un abrazo de hermanos, a preguntarme por mi padre, por el viaje, por mis expectativas durante mi estancia en Madrid...

—¿Cómo está mi querido tío?— pregunta Pedro cogiéndome del brazo mientras dos criados se ocupan de mis bultos.

Y hoy, cincuenta años después, siento nuevamente su brazo cálido enroscado al mío. La misma entregada confianza por ese futuro que era todo promesas.

LA JOYERÍA DE PEDRO SÁNCHEZ PESCADOR es de lo mejorcito de Madrid, y también está más ricamente surtida que la del romano Ludovico Pasqualini —que, como se sabe, fue discípulo de Leonardo Chopinot, guardajoyas honorario de Carlos IV—, que llegó a Madrid por un feo asunto de faldas y un marido que había jurado matarlo si el desdichado caía en sus manos.

Pasqualini, enteco, sonrosado, de rubias caracolas, no ha perdido su entusiasmo por las mujeres y su elegancia natural algo afectada y traviesa, como tampoco su afición al bolero, la fiesta y la ópera, actividades todas estas en las que ha invertido ingentes fortunas. Pero, en cambio, se dice que sí ha perdido reflejos a la hora de hacer negocios y mantener su prestigio de años. De cobrar mil doscientos reales por insignia a Fernando VII, ha pasado apenas a elaborar una que otra joya para la reina Cristina quien, aun siendo paisana, se ha decantado por la delicada orfebrería de Pedro Sánchez Pescador que, en estos últimos años y con la ayuda de su hijo Damián, viene trabajando la joyería con una pericia fabulosa que su clientela no deja de elogiar, sobre todo en lo tocante a pedrería. Bellísimas amatistas —que se cotizan a precio de diamante—, ágatas, cristal de roca, ya sea en cabujones o facetadas, brillantes de buenas aguas... Todo lo que producen sus diestras manos con entusiasmo e inspiración resulta bello y singular. Pulseras, collares, pendientes, presillas y camafeos deslumbran a quienes se acercan a su negocio de la calle de Fuencarral. Todo es bello, novedoso... y carísimo, como no podía ser de otra manera. Y allí acuden las aristócratas, las damas y las coquetas del reino para deslumbrarse con las joyas, los

engastes, los alfileres, las perlas que las hacen suspirar. Y también, se dice, acuden los amantes que adquieren caprichos con total discreción para sus queridas, porque Sánchez Pescador es elegante no sólo en el vestir, como Pasqualini, sino también lo es con esa manera elusiva y más exigente de la elegancia que es la discreción. Vive en el principal a cuyos bajos se emplaza su prestigioso establecimiento y, a cualquier hora del día, desde las diez de la mañana hasta bien entrada la noche, y si fuese menester en plena madrugada, que alguna vez ha ocurrido . . . , él atiende a quien esté dispuesto a apoquinar quinientos reales por una presilla para el sombrero, mil quinientos por un aderezo de coral montado en oro o —ya que estamos— tres mil por un camafeo . . .

La tienda es un primor y está acondicionada a la moda parisina: gruesos tapices damasquinados, largos mostradores de madera robusta, oscura y fina, repujada con gusto. Hay aquí y allá modernas y doradas lámparas del doctor Quinquet que le otorgan un empaque de sofisticado lustre al ambiente. Y sillones y butacas cómodas, de buena piel de becerro, para que las damas se sienten a esperar ser atendidas, mientras se observan lánguidamente en los muchos espejos que el orfebre ha colocado no solo para dar una sensación de mayor profundidad a su establecimiento, sino para vigilar cualquier movimiento sospechoso de todo aquel que pudiese sufrir un momentáneo y afiebrado exceso de entusiasmo por alguna que otra joya de las que se exhiben en su escaparates amplios y acristalados. En el mostrador principal, las perlas se disponen sobre un mullido lecho de terciopelo granate y se guardan en taleguillos numerados. Y los brillantes y piedras de color en cajas inventariadas según tamaño. Y ahí, detrás de ese expositor amplio y solemne, Pedro Sánchez Pescador atiende esa tarde de particular actividad, en la que, mientras muestra unas joyas a dos jóvenes damas que han venido del brazo,

rozagantes y pizpiretas, escucha tintinear la campanilla de la puerta y hace su aparición un caballero algo entrado en años y carnes, que gasta cadena en el chaleco, pantalones color perla, fina casaca verde, pañuelo y polainas. Empuña un bastón de ostensible calidad y guantes caros, de cabritilla. Sánchez Pescador tiene el olfato y los ojos adiestrados por más de treinta años en el oficio, años que le han enseñado a calar, de un vistazo, quién tiene disponible, quién simplemente se da ínfulas, y quién pedirá crédito y traerá problemas. Pero con este elegante, el diamantista vacila, sin saber en qué categoría colocarlo. Casi al mismo momento entran dos hombres más, jóvenes, calaveras, uno flaco como el *pollo* que aún es y que usa ese bigotillo tan de moda ahora, llamado de moco y que se resuelve en dos pequeñas pinceladas a ambos lados del labio. El otro es más bajo, pero también más cuajado, moreno, de patillas hirsutas y corbatón de varias vueltas. Los mozos ríen con fingida desenvoltura y se dirigen sin vacilación al mostrador vertical donde se exhiben pulseras y piedras sin engastar: estos son de los segundos, de los que se dan ínfulas, nada más, dictamina Sánchez Pescador. Observan, murmuran, esperan sin preocupación a ser atendidos. El orfebre se excusa pues con las damas, a quienes deja entretenidas con su hijo Damián, que les está mostrando un aderezo realmente singular: una esmeralda en forma de pera como collar y una diadema finísima, diríase confeccionada por ángeles, y se dirige al caballero.

—Desearía ver algunas perlas —ha solicitado este clavando su bastón en la alfombra, como poniendo un inapelable punto final a sus palabras.

—Cómo no, señor —dice Sánchez Pescador sin quitar ojo a los calaveras, que miran y sonríen a las jóvenes damas.

Ya se ha dado cuenta de todo, el joyero. Esos están aquí para pasar el rato, pues han venido siguiendo a las jóvenes que ahora

observan el aderezo y se ríen sofocadas, miran de reojo a donde los *pollos*, fingen interesarse en las joyas, bah, ni las unas ni los otros van realmente a comprar. No le decepciona del todo a Sánchez Pescador, pues ocurre con cierta frecuencia. Su negocio se ha convertido con los años en un lugar para ver y dejarse ver, para que algunos se den ínfulas y otros admiren los carruajes que se apostan a su entrada. Pero tal cosa no le hace daño al negocio, no señor, y por eso el comerciante se esmera por igual con estos y con aquellos, pues sabe que también eso actúa como un reclamo y lo mantiene como el lugar de moda, como el emplazamiento de la exclusividad y de las compras de los verdaderamente ricos, quienes entran a lo que entran y vienen a lo que vienen. ¿Un camafeo? Pues muestre usted algunos. ¿Unos zafiros?, quiero ver esos de allí. ¿Unas perlas? A eso vengo. Como al parecer este caballero, que no se ha dignado ni a mirar a las mujeres, guapas, jóvenes, elegantes, ni a las otros, a los *pollos* alborotadores. Ha venido este buen señor a por unas perlas porque eso quiere seguramente para su amante. Y parece tener prisa, a juzgar por la manera como se mueve, se quita y se pone los guantes, impaciente.

Sánchez Pescador saca entonces con sumo cuidado la larga caja, que es como un nicho donde en pequeños compartimentos guarda los taleguillos con las preciadas perlas. Las hay en verdad hermosas y él está secretamente orgulloso de todas y cada una de ellas, pues algunas rivalizarían con la mismísima Peregrina. Aquí fue precisamente donde el marqués de Alcañices, cuando heredó el marquesado de los Balbases, y siguiendo una tradición antiquísima de los Spínola, eligió la perla para el fastuoso collar que generación tras generación lucen las mujeres de dicha familia. Don Nicolás Osorio se decantó para el llamado Collar de los Balbases por una perla como no hay otra en el reino. Y fue precisamente en este

negocio donde la encontró. Ello es uno de sus mayores orgullos, se dice el joyero, y por eso muestra con pausada reverencia su colección a este señor que tanto interés tiene por adquirir una. Las hay de sugerente belleza opalina, oscuras como si albergasen en su interior una tormenta, y de una redondez tan perfecta que resultan hipnóticas, otras de un rosado lleno de tibieza y, en fin, el caballero mira, elige, observa al trasluz, señala aquella, sí, la de la izquierda, no pregunta aún el precio de ninguna, sólo frunce el ceño, intimida un poco al orfebre pues, cuando este va a glosar cualquier característica de alguna de las perlas, el caballero hace un gesto como para evitar perder concentración y clava la contera de su bastón en el alfombrado del local.

Al cabo de unos quince o veinte minutos de mirar y remirar, parece haberse inclinado por una de suaves tonos mates, llena de hermosa sensualidad, y se nota su buen gusto porque es de las más caras que Sánchez Pescador tiene en ese momento. Que por fin se haya decidido alivia al orfebre, pues los calaveras siguen con su juego de petimetres enamoradizos y luego de mirar de arriba abajo las estanterías se han acercado al mostrador, donde continúan las damas embobadas con unas pulseras. Ellos preguntan por una diadema, mientras las dos jóvenes insisten en mirar y remirar ahora el nuevo aderezo que les muestra su hijo Damián y también aquel otro, dice una señalando una joyita engastada de ágatas, pero en realidad siguen tonteando con los calaveras que ahora sonríen abiertamente, y ya han entrado dos personas más y hay demasiadas joyas en el mostrador. Y eso nunca es bueno. No, señor.

El caballero inquiere por el precio de la perla, Sánchez Pescador dice una cifra y las dos jóvenes y los dos calaveras parecen también interesados de pronto en las perlas, quizá sólo para seguir con su maldito juego, piensa el diamantista, y piden ver algunas, que él

muestra con evidente desgano —se acaban de ir los que entraron hace un momento— y le hace un gesto casi imperceptible al hijo para que vaya recogiendo las demás y las ponga en sus taleguillos de terciopelo... , y entonces ocurre.

—Falta una perla— dice Damián.

En realidad lo ha tartamudeado, por lo que el dueño del establecimiento entiende que ya su hijo ha contado y recontado. Conoce muy bien el negocio. Hay un momento de espeso silencio. Los calaveras han palidecido, llenos de confusión, y las damitas se han quedado calladas, como si de pronto no entendieran a qué se refiere el diamantista o como si Damián hubiese hablado en caldeo. El caballero más bien frunce el ceño, todavía con la perla de tonalidades mates en la mano. Parece que la cosa no fuera con él.

—Falta una perla —anuncia Sánchez Pescador, por si alguien no hubiera escuchado a su hijo. Lo dice con una sonrisa que contradice la severidad de su voz, como si en realidad estuviera diciendo que la broma ya estaba bien y que no le toquen más los reales cojones.

—¿Ha mirado bien? —dice uno de los calaveras, y se calla bruscamente porque la pregunta suena, además de retórica, estúpida. Ningún joyero anuncia ante su distinguida clientela algo así, tan ofensivo, si no tiene absoluta seguridad de lo que está diciendo.

—Pues aquí está la mía —dice el caballero, y deposita la perla en la mano atribulada del joven Damián, que no sabe qué hacer y mira a su padre con expresión alhelada.

Sánchez Pescador, de habitual obsequioso y algo dulzón como exige el oficio, es también rápido de reflejos y frío de temperamento en circunstancias así. No ha logrado lo que ha logrado ni ha llegado a donde ha llegado siendo un pusilánime. De manera que retruca:

—Querrá decir la mía, señor. O más bien la última que usted ha visto.

El rostro del caballero muda de color y parece que va a soltar un bastonazo, ¿estaba insinuando que él había robado una perla?, se agrieta su voz, estrangulada por la indignación. ¿Le estaba diciendo que era un ladrón?, exclama, apoyándose en el mostrador como si quisiera levantarlo de los bordes o quebrarlo con la sola fuerza de sus manos, y acerca mucho su rostro al rostro impasible del joyero. Él no decía ni insinuaba nada, replica Sánchez Pescador, que ya no tiene dudas. Se cruza de brazos, no pestaña, está muy serio. Pero que faltaba una perla, faltaba una perla. Mil trescientos veinte reales. Y como los calaveras murmuran y las damas se sofocan y todos dan un paso atrás, Sánchez Pescador explica que de allí, lo sentía mucho, no salía nadie hasta que viniera la policía. Damián ya ha volado a la calle. Hay exclamaciones, reclamos, invocaciones, voces atropelladas, un revuelo que amenaza convertirse en un verdadero motín hasta que reaparece Damián, jadeante, con dos alguaciles. Milagroso, pues no ha tardado ni cinco minutos. Han cerrado las puertas y ha bajado la mujer de Sánchez Pescador, una matrona con cara de malas pulgas, para ser ella la que se encargue de revisar a las muchachas, que están lívidas y con los ojos llorosos. Sánchez Pescador lo siente por ellas, pues sabe que no son las ladronas, pero más lo siente por él y de allí no se mueve nadie hasta que aparezca la perla. Los policías tienen menos miramientos con los señores y todos son revisados de arriba abajo, como vulgares cacos: pantalones fuera, polainas, botas, sombreros, pañuelos, chalecos, camisas... Mientras los petimetres parecen atontados por el mazazo que supone aquella indigna situación, el caballero se agita, parece que le va a dar un ataque de apoplejía, los alguaciles dudan, lo desnudan casi a la fuerza, casi seguros de que tanta resistencia sólo lo compromete más. Pero al cabo de unos veinte minutos tan exhaustivos como humillantes se vuelven al joyero, un poco amoscados. Lo han



revisado de arriba abajo, señor, al caballero y a los demás, igual que ha hecho lo propio la señora con las damas. Y ni rastro de la perla. Y antes han revisado hasta la última pulgada de la tienda, cada palmo de alfombra, cada caja, estantería, cajón, lámpara, taleguillo, esquina y rincón. Y no hay nada. Los calaveras y las damas se van, unos ofendidos, murmurando amenazas y litigios, las otras llorosas, temblando, pese a que Sánchez Pescador se ha deshecho en disculpas, ha gorjeado ofreciendo unos regalitos, unas alhajillas que todos han rechazado casi sin querer mirar siquiera, esto es una ruina para el negocio, coño, se quiere tirar de los pelos el diamantista. Todos se han ido, pero el caballero se ha demorado en calzarse, acomodarse los faldones de la camisa, ponerse la casaca verde y recomponer nuevamente todo el empaque que trajo. Recién entonces, como si hubiese terminado su *toilette* habitual se ha vuelto despacio y ostensiblemente, para que los policías den fe de sus palabras, señala al joyero con su bastón, como si fuera un insecto al que es necesario aplastar, y exclama, con la voz temblando de frío desprecio:

—Este ultraje no va a quedar así, miserable. Tendrá noticias mías.

Sánchez Pescador sabe que él es el ladrón, lo sabe con toda la certeza de sus treinta años de oficio. Pero está demolido por la falta de pruebas. Y la policía parece darle la razón al otro. De manera que se queda lívido, incapaz de articular sonido alguno, y observa cómo el caballero se va de su tienda, ofendido y sin mirar atrás.